En avión, rumbo a la selva

Alfonso está pegado a la ventana del avión. Afuera, sobre un manto verde, el Gran Río parece una serpiente infinita. Sin despegar los ojos del paisaje, Alfonso pregunta a su papá:

—Papá, ¿sabes por qué los ríos son marrones?

El papá está a punto de responder, pero Alfonso se adelanta:

—Porque tienen lodo. ¿Lo sabías?

Alfonso sabe muchas cosas. Y sabe que sabe mucho. Es un niño seguro e inteligente que, según dice, nunca tiene miedo. Este viaje a la selva es lo que siempre había soñado.

- —Papá, ¿sabes a qué velocidad está volando este avión?—vuelve a preguntar Alfonso.
 - —No, hijo, no lo sé.
 - —Pues a ochocientos kilómetros por hora. ¿Increíble, no?
- —Sí, hijo —responde el papá con poco entusiasmo—. Increíble.

El papá está un poco cansado. Alfonso pregunta y responde. La mamá, agotada por la preparación de maletas, está dormida en el asiento que da al pasadizo.

Delante de ellos, viaja su primo Santiago. A diferencia de Alfonso, él es tranquilo y temeroso. Se ha sentado entre sus padres para evitar la ventana. Cuando el avión empieza a descender, siente cosquillas en el estómago. Quiere mostrarse seguro y valiente, como su primo, pero no puede evitar un ligero temblor en la voz:

- -Mamá, los aviones no se caen, ;no?
- —No, hijo, son más seguros que los autos.
- -Pero los autos no son nada seguros, mamá.

Alfonso escucha la conversación y se adelanta hacia donde está Santiago. Su nariz asoma por entre los asientos:

—No te preocupes Santiago. Solo uno de cada millón de vuelos tiene un accidente. Lo leí en Internet.



El avión aterriza sin dificultad en un pequeño aeropuerto, apenas un bloque de cemento en medio de un territorio inexplorado. Los recibe un aire caliente y un cielo azul. Todos están felices de arribar, aunque el destino final aún está lejos.

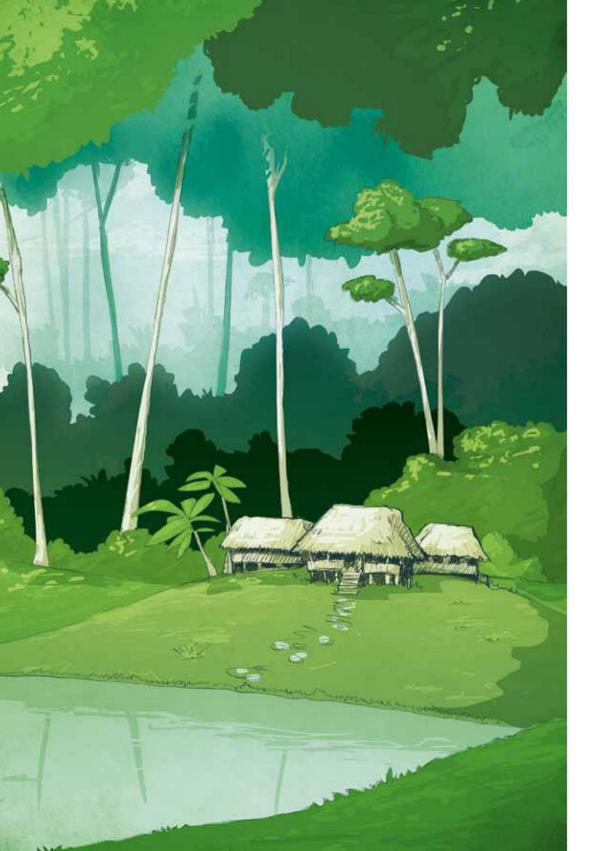
Suben a una camioneta y viajan por un camino de trocha en medio de la espesa vegetación. Los cuatro padres y los dos niños van saltando en sus asientos. Alfonso, sentado junto al guía que conduce la camioneta, lo aturde con preguntas que, como siempre, él se adelanta a responder.

En el asiento de atrás, Santiago escucha atento y mira hacia todo lado, sorprendido por el paisaje que pasa traqueteando ante sus ojos.

Se detienen a la orilla de un río sin puente. La camioneta sube a una balsa de metal que, ayudada por una polea, los lleva al otro extremo. Siguen por otra trocha. Más saltos, más dolor de cuerpo y el calor intenso que los hace sudar a chorros. Media hora después, la camioneta se detiene y bajan para empezar una caminata por la montaña.

Avanzan un buen tramo subiendo y bajando por los estrechos caminos. A ratos algún delgado brazo del Gran Río asoma para luego desaparecer. Por fin, llegan a su destino.

Empapados y muertos de sed, descubren que valió la pena tanto esfuerzo: al frente de ellos hay un lago rodeado por cabañas de madera y, detrás de las cabañas, un bosque de árboles enormes que parece extenderse sin fin.



Unas escondidas de a verdad

a en su cabaña, en un pequeño balcón de madera, los papás de Alfonso conversan animadamente. Desde allí, el lago se ve como un espejo de fondo misterioso. A un costado, en la otra cabaña, los papás de Santiago hacen lo mismo. Poco a poco, todos van sintiendo el cansancio de un viaje tan largo.

Los papás de Alfonso miran a los papás de Santiago. «Ellos pueden cuidar a Alfonso», piensan. Con ese pensamiento, se dejan vencer por el sueño.

Los papás de Santiago miran a los papás de Alfonso. «Ellos pueden cuidar a Santiago», piensan. Con ese pensamiento, se dejan vencer por el sueño.

Afuera, Santiago y Alfonso siguen jugando. Con el descubrimiento del lugar parecen haber recargado energías. Corren cerca de las cabañas, tocan el agua de la laguna, curiosean por los alrededores. A los lejos, ven a sus padres rendidos sobre las hamacas.

Cuando parece que lo han explorado todo, Alfonso le propone a Santiago jugar a las escondidas. Santiago lo piensa un momento. Sabe que, si no acepta, su primo pensará que es un cobarde. Al final, se lanza a jugar.

Santiago pone un brazo en el tronco enorme de un árbol, recuesta su cabeza y empieza a contar hasta cien. Alfonso se esconde bosque adentro.

—Noventa y ocho, noventa y nueve... ¡SAAALGO-OOO! —grita Santiago.

Santiago mira a su alrededor y no ve a su primo. Ni por la laguna, ni por las cabañas. Se acerca despacio hacia donde empieza el bosque. Penetra tímidamente. De Alfonso, ni el aliento. Se abre paso por un camino delgado invadido por las plantas. Unos pasos más allá se detiene. Cuando mira hacia atrás, ya no sabe por dónde vino. Empieza a regresar sin saber cuál es el camino. Conforme más camina, más se va alejando.

Mientras tanto, la cabeza de Alfonso se asoma por detrás de unas hojas enormes que lo tapan por completo. No reconoce el árbol donde Santiago contó hasta cien. Espera un poco, pero nadie viene por él. Piensa que Santiago se ha quedado inmóvil y muerto de miedo. En su cara se dibuja una mueca de burla. Empieza a buscarlo sin sospechar que cada paso lo separa más de su primo.



El susto de los papás

a mamá de Santiago, aún entre sueños, se da cuenta de que los niños no hacen bulla. Algo, por cierto, muy extraño. Atacada de pronto por el temor, camina apurada hacia donde estaban jugando. Luego avanza hacia el borde de la laguna. Al no ver a nadie, empieza a llamarlos, primero suavemente y luego a gritos.

—¡¡¡No están... Santiago... Alfonso!!! —la madre grita con las manos en la cabeza. Los padres de Alfonso y el papá de Santiago se despiertan con sobresalto.

Vuelven a buscar alrededor de la laguna.

- —Por aquí no están —gritan a los papás de Santiago.
- —Por aquí tampoco —responden los de Alfonso, cerca de las cabañas. Corren entonces hacia la recepción sin dejar de gritar sus nombres.

En la recepción, una persona descansa en una hamaca con el ventilador sobre el rostro.

—¡Ayuda, por favor!... Nuestros hijos se han perdido —dice la mamá de Santiago.

El señor de la recepción se despierta de golpe con semejante noticia. Se levanta con dificultad de la hamaca. Sale de la habitación y avanza hacia los árboles que están a la entrada del bosque. Detrás de él, los padres lo siguen sin dejar de llamarlos y de girar la cabeza hacia todos lados.

El hombre se detiene unos pasos más allá. Examina unas pisadas frescas. Respira hondo, se pasa una mano por la frente, mira a los alrededores y luego mira a los padres:

- —Lo siento, señores, no puedo seguir más allá. Tengo que cuidar el lugar. Soy el único que vigila este sitio.
- —¿Y los que nos trajeron hasta aquí? —pregunta la mamá de Alfonso.
- —Los guías se han ido a traer más visitantes. No vuelven hasta mañana en la noche.
- —¿Y nuestros hijos? —dice, casi gritando, el papá de Alfonso.
- —Yo no puedo buscarlos. Ellos están bajo su cuidado. Además, hemos colocado muchas advertencias como esta —la mano del hombre se apoya en un letrero escondido entre las hojas.
- —¿Cuál advertencia? —preguntan los papás con angustia, casi a la misma vez.
 - —Esta —dice el vigilante y retira las hojas que la cubren.



- —Lo siento mucho —añade el vigilante mientras le entrega una linterna a la mamá de Santiago—. Tomen, tal vez la necesiten si se hace de noche.
- —¿¿Cómo?? —dice la mamá de Santiago. La linterna tiembla en sus manos.
- —También puede que necesiten esto —el vigilante regresa a la recepción, coge un machete y lo pone en las manos del papá de Santiago—. Les ayudará a abrirse paso —el papá lo recibe sorprendido.
- —¡Ah!... y esto —entrega una caja de fósforos al papá de Alfonso—; el fuego mantiene alejados a los animales... en caso se haga de noche.

